

PRÓLOGO

La verdadera religión confronta la tierra con el cielo y lleva la eternidad al tiempo. El mensajero de Cristo, aunque habla desde Dios, debe también, como decían los cuáqueros, "hablar a la condición" de sus oyentes; de lo contrario, hablará un lenguaje que sólo él conoce. Su mensaje no sólo debe ser intemporal, sino también actual. Debe hablar a su propia generación.

El mensaje de este libro no surge de estos tiempos, sino que es apropiado para ellos. Está provocado por una condición que ha existido en la Iglesia durante algunos años y que está empeorando constantemente. Me refiero a la pérdida del concepto de majestad en la mente religiosa popular. La Iglesia ha renunciado a su otrora elevado concepto de Dios y lo ha sustituido por uno tan bajo, tan innoble, que es totalmente indigno de los hombres pensantes y adoradores. Esto no lo ha hecho deliberadamente, sino poco a poco y sin su conocimiento; y su mismo desconocimiento sólo hace que su situación sea aún más trágica.

La baja visión de Dios que se tiene casi universalmente entre los cristianos es la causa de cientos de males menores entre nosotros. Toda una nueva filosofía de la vida cristiana ha resultado de este error básico en nuestro pensamiento religioso.

Con nuestra pérdida del sentido de la majestad ha venido la pérdida del temor religioso y de la conciencia de la Presencia divina. Hemos perdido nuestro espíritu de adoración y nuestra capacidad de recogernos interiormente para encontrarnos con Dios en un silencio adorador. El cristianismo moderno simplemente no está produciendo el tipo de cristiano que puede apreciar o experimentar la vida en el Espíritu. Las palabras "Estad quietos y conoced que yo soy Dios" no significan casi nada para el adorador confiado en sí mismo y bullicioso de esta mitad del siglo XX.

Esta pérdida del concepto de majestad se ha producido justo cuando las fuerzas de la religión están logrando avances espectaculares y las iglesias son más prósperas que en cualquier otro momento de los últimos cientos de años. Pero lo alarmante es que nuestras ganancias son en su mayoría externas y nuestras pérdidas totalmente internas; y puesto que es la calidad de nuestra religión la que se ve afectada por las condiciones internas, puede ser que nuestras supuestas ganancias no sean más que pérdidas repartidas en un campo más amplio.

La única manera de recuperar nuestras pérdidas espirituales es volver a la causa de ellas y hacer las correcciones que la verdad justifique. La decadencia del conocimiento de lo santo ha provocado nuestros problemas. El redescubrimiento de la majestad de Dios contribuirá en gran medida a curarlos. Es imposible mantener nuestras prácticas morales sanas y nuestras actitudes internas correctas mientras nuestra idea de Dios sea errónea o inadecuada. Si queremos devolver el poder espiritual a nuestras vidas, debemos empezar a pensar en Dios tal como es.

Como mi humilde contribución a una mejor comprensión de la Majestad en los cielos ofrezco este reverente estudio de los atributos de Dios. Si los cristianos de hoy leyeran obras como las de Agustín o Anselmo, un libro como éste no tendría razón de ser. Pero los cristianos modernos sólo conocen a estos maestros iluminados por su nombre. Las editoriales reeditan obedientemente sus libros y, a su debido tiempo, éstos aparecen en las estanterías de nuestros estudios. Pero todo el problema está ahí: se quedan en los estantes. El ambiente religioso actual hace que su lectura sea prácticamente imposible incluso para los cristianos cultos.

Aparentemente, no muchos cristianos están dispuestos a leer cientos de páginas de pesados temas religiosos que requieren una concentración sostenida. Tales libros

recuerdan a demasiadas personas los clásicos seculares que se vieron obligados a leer cuando estaban en la escuela y se alejan de ellos con un sentimiento de desaliento.

Por esa razón, un esfuerzo como éste puede tener algún efecto beneficioso. Puesto que este libro no es esotérico ni técnico, y puesto que está escrito en el lenguaje de la adoración sin pretensiones de un estilo literario elegante, quizá algunas personas se sientan atraídas a leerlo. Aunque creo que aquí no se encontrará nada contrario a la sana teología cristiana, no escribo para teólogos profesionales, sino para personas sencillas cuyo corazón les impulsa a buscar a Dios mismo.

Espero que este pequeño libro contribuya de algún modo a promover entre nosotros la religión personal del corazón; y si al leerlo se anima a unas pocas personas a comenzar la práctica de la meditación reverente sobre el ser de Dios, ello compensará con creces el trabajo requerido para producirlo.

A. W. Tozer